

¿Cómo citar este artículo?

Apellidos, Nombre (del autor del texto) (2007). "Título" (del artículo), en Pérez Redondo, R.J. y Martín Cabello, A. (Coords.) *Castilla-La Mancha: 25 años de autonomía*. Toledo: ACMS, pp. (de inicio y final del artículo).

HECHOS, VERDADES Y MENTIRAS: ALGUNAS REFLEXIONES CRÍTICAS SOBRE EL ESTATUS CIENTÍFICO DE LA SOCIOLOGÍA

José Luis Palacios

Universidad Complutense de Madrid

Resumen: En esta ponencia se lleva a cabo una reflexión crítica sobre la condición de ciencia de la Sociología y, por extensión, de las ciencias sociales en general. Se argumenta que el principal problema que tiene la Sociología para alcanzar y mantener un estatus de ciencia radica en dos cuestiones, metodológica una, ideológica la otra. La primera cuestión se refiere a las considerables dificultades que tiene para determinar y medir las variables involucradas en los fenómenos sociales y proporcionar explicaciones de los mismos; la segunda tiene que ver con la contaminación ideológica que tan frecuentemente sufre la Sociología en su tarea de investigar los hechos del mundo social. También se critica aquí el intento de construir una tecnología social sin tener en cuenta las limitaciones científicas que se derivan de las cuestiones anteriormente señaladas, abogándose por desarrollar una auténtica ciencia social prudente y realista que se mantenga apartada de vicios ideológicos.

Palabras clave: Hechos sociales, ciencia, sociología, tecnología social.

Amicus Plato, sed magis amica veritas

1. INTRODUCCIÓN

Desde sus orígenes como disciplina formal, el estatus científico de la Sociología ha constituido un tema de debate. Como es harto conocido, Comte pretendió dar a la Sociología un carácter científico a imagen de las ciencias de la naturaleza, confiriéndole, además, una posición prevalente en el conjunto de los saberes del hombre. Esta forma de concebir la ciencia de la sociedad resultaba notablemente lógica y coherente con la época, pues se compadecía con el espíritu de la Ilustración y el industrialismo naciente, trasladando el imperante afán de dominio de la Naturaleza y sus efectivos logros al terreno de la sociedad: si se conocían las leyes que gobernaban el mundo natural y este conocimiento se usaba para dominarlo en provecho del ser humano, ¿por qué no iba a procederse de igual modo y con idéntico objetivo con el mundo social? Posteriormente, la constatación de la complejidad de la sociedad y sus notorias diferencias respecto del mundo físico hicieron que se replanteara el enfoque comtiano para la pretendida ciencia de la sociedad (el denominado "positivismo") y se cuestionara en profundidad que la perspectiva con la que se estudiaban los fenómenos de la Naturaleza sirviese para hacer lo propio con los fenómenos de la sociedad. Es

paradigmático, en este sentido, el celeberrimo debate entre neoidealistas (representados por Dilthey) y neokantianos (representados por Rickert) que encarnó la oposición entre “Ciencias del Espíritu” y “Ciencias de la Naturaleza”. Es Weber, creativo y clarificador, quien probablemente mejor redefine la óptica específica de la Sociología como una disciplina que, si se quiere ciencia, debe ciertamente poder explicar, al modo en que lo hacen las ciencias físicas, los fenómenos de su competencia, pero contemplándolos considerando su singularidad: el significado que le dan sus protagonistas. Sin embargo, otro padre fundador de la Sociología, Durkheim, nos señala que la regla fundamental y primera de nuestra disciplina es “tomar los hechos sociales como cosas”, en consonancia con la tradición positivista inaugurada por Comte. La articulación de las concepciones weberiana y durkheimiana de la Sociología, tantas veces defendida y citada, resulta menos complicada en apariencia que lo que es en realidad: trátese, se nos recomienda, a los hechos sociales como “cosas con significado” y quede el problema resuelto, tanto en el plano epistemológico como en el metodológico. Pero la práctica del principio no es ni mucho menos tan simple como su enunciado, porque ¿cómo se aprehende una “cosa con significado”?, ¿varía la naturaleza de algo, cuando adquiere la forma de dato “significativo”?, ¿el significado viene dado, es decir, auto-evidente, o es interpretable? Y si es interpretable, ¿interpretable según qué referencia?, ¿interpretado por quién? Todas estas cuestiones no por conocidas y manidas resultan menos importantes para tratar del asunto que aquí nos ocupa: en esencia, la condición de ciencia de la Sociología y su presunta utilidad para la tecnología social.

2. CONOCIMIENTO CIENTÍFICO Y CONOCIMIENTO SOCIOLÓGICO

Si definimos “ciencia” como el “conocimiento cierto de las cosas por sus principios y sus causas” (DRAE), sólo podemos atribuir el carácter de “científico” a aquel conocimiento de un determinado hecho o fenómeno del que sabemos con certeza por qué se produce, cuál es el principio que lo motiva: sabemos, así, que b es consecuencia de a o, más complejamente, que es una función de un conjunto de otros hechos o fenómenos ($b = f\{a_1 \dots a_n\}$). Es cierto que la causa última de muchos fenómenos de la naturaleza nos resulta desconocida o no conocida totalmente: ignoramos, por ejemplo, “por qué” se produce la vida, pero conocemos con notable exactitud “cómo” se produce, qué condiciones han de darse para que surja la vida (o determinadas formas de vida). Dicho de otro modo, hemos hallado multitud de leyes que gobiernan los fenómenos de la Naturaleza, aunque aún no sepamos cuál es la razón última (si la hay) de que se den tales leyes. Así, pese a que ignoramos el fundamento último del fenómeno que conocemos como “electricidad”, sabemos, por ejemplo, que la intensidad de la corriente eléctrica que circula por un conductor viene determinada por la diferencia de potencial eléctrico entre sus extremos y la resistencia de ese conductor al paso de dicha corriente, de tal modo que basta con conocer el valor de las dos últimas variables para

determinar con exactitud el valor de la primera. Si algo puede calificarse como “científico”, en el sentido “fuerte” de la definición arriba expresada, es este tipo de conocimiento de las cosas, un tipo de conocimiento que nos permite determinar el valor exacto (o casi) de una variable conocidos los valores del resto de variables involucradas en un cierto fenómeno. Esta es la clase de conocimiento científico que resulta característico de las ciencias de la naturaleza. Pero, ¿qué clase de conocimiento, si es diferente del anterior, es el propio de las ciencias de la sociedad? ¿Cómo es ese saber sobre el mundo social para que pueda ser considerado “científico”? ¿Somos capaces de determinar los principios explicativos o las causas de los fenómenos sociales que observamos? O al menos, ¿podemos concretar las variables que intervienen en un fenómeno social y relacionarlas de tal modo que dándoles valores concretos, si tal cosa es posible, podamos asimismo determinar con suficiente exactitud el fenómeno en sí?

Todas estas preguntas se refieren, obviamente, a si en definitiva es posible una ciencia de la sociedad, un saber sobre el mundo social que pueda dar cuenta de los fenómenos sociales en términos de descripción, explicación y predicción (esto es, efectivamente, lo que hacen o intentan hacer las ciencias de la naturaleza con los fenómenos físicos). Se ha argumentado frecuentemente que este modo de conocer, característico de las ciencias del mundo físico, no es el apropiado para el mundo social, un objeto que al ser de diferente naturaleza que el primero precisa de otra óptica y de otros métodos distintos de los de la ciencia natural. Pero, en nuestra opinión, esta perspectiva puede resultar falaz, ya que el hecho de que los fenómenos del mundo social sean –si es que efectivamente lo son– de distinta clase que los fenómenos del mundo natural no implica necesariamente que la metodología de investigación deba ser diferente en uno u otro caso, ni que produzcan distintas formas de resultado. El que los objetos de investigación del mundo natural sean “cosas” y los del mundo social sean “cosas con significado” no comporta que la ciencia relativa al primero describa, explique y prediga y la ciencia relativa al último no. Pues si aceptásemos tal conclusión, ¿qué clase de ciencia es esa que no es capaz de describir los fenómenos que son de su competencia, ni pueda explicarlos, ni alcance a predecir, siquiera aproximadamente, su futuro? Max Scheler hizo una interesante aportación a este respecto, al distinguir tres tipos de saber: el de salvación, el de formación y el de dominio. De los tres, solamente el último coincide con lo que en propiedad podemos considerar conocimiento científico (en el sentido “positivista” del término); los otros dos son saberes, pero relativos a otras esferas del ser del hombre: en el caso del saber de salvación, referido al conocimiento de Dios, de lo trascendente, del espíritu; en el caso del saber de formación, referido al conocimiento moral, del deber ser. Sin embargo, muy pocos científicos sociales, si es que hay alguno, consideran que sea de su competencia el estudio de Dios, si no es en lo que tiene ver con las consecuencias derivadas de que las personas tengan creencias religiosas (sociología de la religión, pues, y no de la divinidad en sí). Y cosa semejante se puede decir en relación con la moral, salvo en lo que atañe a los comportamientos, ideologías o sistemas de

valores de los individuos en su vida social. Lo contrario, por otra parte, sería disolver la ciencia social en disciplinas como la teología o la filosofía, retro trayéndonos a los tiempos anteriores a Comte y al intento de hacer una ciencia de la sociedad. Por consiguiente, difícilmente puede ser la Sociología (paradigma de las ciencias de lo social) otra clase de conocimiento que no sea “saber de dominio”, relativo a las cosas que “son” en el mundo social y no a lo que deben ser (terreno de la moral) o a su significado trascendente (terreno de la religión), por más que, en efecto, lo que cree la gente o aquello que da sentido a su vida sean poderosas motivaciones de su comportamiento, susceptibles de ser estudiadas sociológicamente en cuanto tales.

Pero algunos autores han señalado que esta clase de saber “de dominio” es apropiado para los fenómenos de la Naturaleza, pero no para los de la sociedad y sostienen esta opinión básicamente por dos razones (no excluyentes), una de índole epistemológica, otra de orden metodológico. Por un lado, se afirma que si la “materia” de la que está hecha la sociedad (asunto sobre el que hay a su vez diferentes planteamientos: símbolos, interacción, poder, economía..) no es del mismo tipo que de la que está hecho el mundo físico, no es pertinente usar el mismo aparato conceptual y observacional para estudiar ambas; por otro lado, se plantea el problema de que no existe una teoría general de la cultura que permita alguna suerte de isomorfismo que dé validez a las medidas de los fenómenos sociales y que, además, para la mayoría de estos fenómenos (todos, en verdad, salvo quizás los estrictamente económicos y demográficos), no existen unidades de medida, de tal manera que en la práctica la medición del hecho social (objetiva, contrastable) es imposible. Ambas razones son ciertamente de peso, aunque no necesariamente insalvables: si lo fueran, la conclusión inevitable, creemos, es la disolución de la ciencia social *qua* ciencia: si nada de lo social es, en último término, registrable, objetivable, medible, no es posible alcanzar ninguna clase de conocimiento del mundo social que vaya más allá de lo subjetivo, de lo opinable, y el saber que el hombre obtenga sobre su vida social no superará el estado de la lucubración que las personas en todas las sociedades han llevado a cabo para dar algún sentido a sus vidas, individuales y colectivas. Otra vez la moral, la religión, la política serán los ámbitos en que los individuos tratan, elaboran y reelaboran sus concepciones sociológicas, como siempre fue hasta que la Ilustración nos hizo albergar la esperanza de una ciencia de la vida social. Y probablemente no les falta alguna razón a quienes piensan que uno se aproxima más a la comprensión de la naturaleza humana y de las relaciones interpersonales leyendo a Shakespeare, Calderón o Balzac que desmenuzando estadísticas sociales.

Pero no es ésta, como decíamos, la única conclusión posible; no hay que renunciar inexorablemente a obtener algún conocimiento científico sobre los fenómenos del mundo social a pesar de que constatemos las ntabilísimas dificultades que existen para lograrlo. Es cierto que cuando estudiamos el mundo social sólo podemos actuar al modo de la ciencia natural con reservas, pero también es cierto que si no tenemos ese referente para la ciencia social es muy

difícil que superemos el nivel de la protociencia o de la pseudociencia en nuestro conocimiento del mundo social. El que estudiemos cosas con significado no implica disolver la cosa en el ámbito poliédrico del significado, sino asumir que una misma acción social “real” puede poseer distintos sentidos en virtud del contexto y las características de sus protagonistas: en 1453 Constantinopla cayó en poder de los turcos otomanos (y esto es la “cosa”), algo que estos valoraron positivamente, al contrario que los cristianos en general y los bizantinos en particular (y esto es el “significado”). No parece, en principio, un obstáculo insalvable estudiar hechos como éste desde la objetividad propia de la ciencia física, pues es posible describirlo asépticamente, indagar sobre las causas que lo hicieron realidad y avanzar, si se dispone de suficiente información para ello, generalizaciones y algunas predicciones. Sin perjuicio de lo anterior, también se puede estudiar, desde un punto de vista sociológico, los elementos cognitivos y de orden psicológico que son parte de la causa del hecho y que se derivan del mismo o, simplemente, describir los sentidos atribuidos por los protagonistas a sus acciones. La más estricta neutralidad axiológica, sin embargo, es aquí no sólo posible sino condición necesaria para hablar de “ciencia” de los fenómenos sociales: saber que estos se comprenden mejor cuando se les asocian las motivaciones subjetivas no implica en absoluto asumirlas en términos de valor. De esta última cuestión, de capital importancia en nuestro argumento, nos ocuparemos seguidamente.

3. CIENCIA, CIENCIA SOCIAL E IDEOLOGÍA

En nuestra opinión, la presencia de valoraciones en el análisis es precisamente la mayor amenaza que cuestiona el estatus científico de las ciencias sociales. No lo es tanto la difícil aprehensibilidad de los fenómenos sociales, complejos y contingenciales, ni la gran dificultad de medir algo que carece las más de las veces de unidades de medida. Los modelos estadístico-matemáticos multivariados (desde las ecuaciones de regresión hasta las de los conjuntos difusos o *fuzzy sets*) pueden determinar con errores discretos muchos de los fenómenos complejos que forman el entramado social, explicando una gran cantidad de varianza, aunque no toda, de las variables investigadas (el consumo de bienes, el voto político, los gustos estéticos, etc.). Y se pueden construir escalas de medida con razonable precisión para esas variables (quasi-intervalares) a semejanza de los gradientes con los que medimos las dimensiones del mundo físico.

El débil estatus científico de las ciencias sociales tiene que ver más con cuestiones de orden ideológico que con problemas epistémico-metodológicos (no siendo estos pequeños). Los textos sociológicos (los ensayos, pero también los informes) están trufados de *a priori*s valorativos, mandatos morales y deducciones políticas. Los diseños de investigación parten con frecuencia de “teorías sociales” que más que verdaderas teorías son proposiciones organizativas del mundo social ideologizadas, axiomas sin suficiente base lógica ni empírica (sobre la naturaleza

humana, sobre la familia, sobre la agresividad, sobre el sistema social...). Las reflexiones derivadas de la información sociológica se encuentran abundantemente salpicadas de “debe ser” con claros anclajes morales partidarios. Las lecturas interpretativas de los resultados de las investigaciones sociales, incluso cuando éstas son de calidad técnica suficiente, se realizan a la luz de presupuestos políticos abiertos o encubiertos, de opciones ideológicas y morales definidas. Y dejemos a un lado lo que se hace después con los resultados de esas investigaciones, ya que este asunto cae ahora fuera de nuestra atención (el uso parcial y sesgado, cuando no falseado, por parte de políticos, moralistas y demás actores públicos con vocación de conductores de la grey humana).

Parece evidente que una actividad intelectual que reclama para sí el estatus de ciencia no puede crecer como tal sino sobre fundamentos, datos y teorías, científicos. Si la ciencia social es ciencia es porque el conocimiento que tiene sobre los objetos de su competencia es asimismo científico. Y cuanto más espacio haya entre su tejido constitutivo para la ideología, menos lo hay para el conocimiento científico digno de tal nombre. Naturalmente esta conclusión no es novedosa: Durkheim, Weber, Mannheim y otros se plantearon el problema de la objetividad en el estudio del mundo social y abogaron por la desideologización del mismo si se pretendía ciencia. El estatus científico de la Sociología es una variable inversamente proporcional a la cantidad de elementos ideológicos que usemos para desarrollarla como ciencia. Cuantos más juicios de valor empleemos en las investigaciones y reflexiones sociológicas, menos conocimiento científico de la realidad social lograremos. Cuanta más moral, política y religión impregnen nuestra tarea de describir, explicar y predecir los fenómenos sociales, menos estatus de ciencia alcanzaremos para nuestra disciplina. Si un día se pretendió liberar a la Sociología de su condición de *ancilla Philosophiae*, no hemos avanzado gran cosa si ahora la convertimos en una *ancilla Politicae*.

4. TEORÍAS SOCIALES Y PRUEBAS EMPÍRICAS: EL ALGODÓN NO ENGAÑA

En la óptica de la ciencia no hay convencimientos que no descansen sobre pruebas empíricas. No hay creencias, no existen los dogmas, porque en el mismo instante en que el dogma entra por la puerta del saber, la ciencia sale por la ventana. Por eso mismo el concepto de verdad en ciencia carece prácticamente de sentido. No sabemos si hay verdades últimas, pero si las hay no las conocemos aún y pretender lo contrario va en contra del mismo “espíritu” de la ciencia. Más bien de lo que disponemos es de algo que podríamos llamar verdades parciales, convencimientos razonables basados en la contrastación empírica de teorías o hipótesis que explican satisfactoriamente una parcela de la realidad y que tomamos como “conocimiento” mientras no dispongamos de pruebas en sentido contrario.

En la lógica falsacionista de Popper, una teoría contrastada empíricamente es válida mientras no consigamos poner de manifiesto con otras pruebas que es falsa. Así, la tarea de la ciencia más parece que sea acumular evidencia a favor de

una teoría que explica bien algo de manera que sea capaz de resistir los intentos de falsarla: se trata más de demostrar que algo es mentira que de demostrar que algo es verdad y si algún aserto sobre la realidad resiste los intentos probatorios a *sensu contrario*, entonces lo admitimos provisionalmente como conocimiento científico. En nuestra opinión, esta metodología probatoria resulta especialmente oportuna en el terreno de las ciencias sociales, porque, dada la complejidad de tantos fenómenos sociales, es más práctico intentar blindarlos contra las pruebas refutadoras, que intentar dar cuenta de todas las variables involucradas en los mismos y de sus interrelaciones. Tal vez esta forma de trabajar provoque que nos percatemos de que efectivamente podemos explicar muy poco de lo que sucede en el mundo social, pero esta no es razón suficiente para mantener la impostura de que sí lo sabemos y de que practicamos una ciencia no problemática.

Tal vez hay que conformarse por el momento con lo que sí hacemos razonablemente bien: describir y, en menor medida, pronosticar, y reconocer que no sabemos (en el sentido científico de la palabra) por qué ocurren los fenómenos que estudiamos (puesto que para saber hay que explicar). En efecto, hemos logrado describir con notable precisión multitud de aspectos del mundo social y predecir algunos en el corto plazo: conocemos gran cantidad de comportamientos humanos en términos de ocurrencia (si la gente hace esto o lo otro y con qué frecuencia) y también hemos podido determinar que algunos de estos comportamientos tienen mayor o menor probabilidad de ocurrencia si están asociados –*caeteris paribus*– a ciertas variables sociales conocidas (por ejemplo, a qué candidatos o partidos va a votar una población, o subconjuntos de la misma, en unas próximas elecciones y la probabilidad de que esto suceda en relación con la renta o el nivel educativo). Sólo esto (o nada menos que esto). Y casi nunca podemos explicar *a priori* cuáles son las causas de los comportamientos sociales. La mayor parte de las explicaciones sociológicas son *ex post facto* (más bien diríamos “posterioristas”: el búho –sociológico– de Minerva levanta el vuelo al anochecer) y en su mayoría resultan meras justificaciones inútiles en términos de conocimiento y que por supuesto no sirven casi nunca para predecir comportamientos humanos futuros (¿quién predijo, por ejemplo, el colapso de la URSS –nada menos– salvo alguna excepción, más bien generalista, como fue el caso de Inglehart?).

5. IMPOSTURAS INTELECTUALES: DE LA CIENCIA SOCIAL A LA INGENIERÍA SOCIAL

Y sin embargo, ese “conocimiento” del comportamiento social humano, tan endeble en el sentido de que no permite predecir casi nada, salvo quizás a muy corto plazo y en los ámbitos más restringidos de la actividad social, se toma como fundamento de innumerables acciones de planificación social encaminadas a modificar o robustecer complejísima entramados de interacción social, órdenes y estructuras sociales en los que intervienen docenas de variables y además en condiciones cambiantes y con protagonistas que reaccionan volitivamente a los

finés y acciones del planificador. Si para conducir de alguna manera la evolución de algo es evidente que se precisa conocer con precisión cuáles son sus componentes y cómo interactúan entre ellos, de tal manera que la modificación de los valores de una o más variables produzcan indefectiblemente la variación, en un sentido determinado, de los valores de la otra o las otras interactuantes, de modo que el resultado sea el previsto y no otro cualquiera más o menos azaroso, asombra la osadía con la que agentes sociales que en realidad desconocen casi totalmente por qué la gente se comporta como lo hace (en el supuesto más favorable de que efectivamente se sepa tal cosa) impulse modificaciones de algunas variables sociológicas, poniendo en juego cuantiosos recursos materiales y las vidas reales de miles o millones de personas, en la insólita convicción de que su acción va a producir determinados efectos buscados. Si un ingeniero forestal, pongamos por caso, pretendiera transformar un sabinar en un bosque caducifolio ignorando las interrelaciones de las especies vegetales que lo pueblan y las de éstas con la composición de los suelos y la acción de los animales que lo habitan, su acción, fuera ésta la que fuese, sería de inmediato tachada de incompetente o de mera chifladura voluntarista que sólo por azar alcanzaría el resultado perseguido. Pues, ¿qué cabe decir de los “ingenieros sociales” que pretenden llevar a cabo intervenciones semejantes en las poblaciones humanas, teniendo en cuenta que nuestro conocimiento de los presuntos mecanismos que gobiernan el comportamiento social humano es incomparablemente menor y menos preciso que el que tenemos sobre los suelos calizos, las coníferas y las ardillas?

Lo cierto es que nuestro conocimiento científico del mundo social es bastante limitado y en todo caso insuficiente para erigir sobre el mismo plan de intervención social compleja o para establecer previsiones mínimamente rigurosas sobre el devenir social. Y si una u otra cosa se lleva a cabo con la despreocupación que muchas veces advertimos es desde luego en virtud de la fivolidad más temeraria o de la necesidad de articular legitimaciones de programas morales, políticos o ideológicos que presenten una conveniente apariencia de científicidad.

Para colmo, es frecuente que cuando se realizan estudios sobre aspectos muy limitados del comportamiento humano, guiados eventualmente por teorías de alcance medio o adhoquistas (ya que las grandes teorías sociológicas parecen haber regresado definitivamente al reino de la simple filosofía social), obtengamos sorprendentes resultados que contradicen presupuestos teóricos generales de una presunta ciencia social. Traigamos a cdación, a título de ejemplo, una investigación (Vega y Garrido, 2000) que, partiendo de la hipótesis, tan apresuradamente asumida por el planificador social, de que las campañas informativas de prevención contra el consumo de alcohol entre los jóvenes logran en alguna medida el efecto preventivo buscado, arroja el resultado de que precisamente en el grupo experimental, en contraposición con el de control, es donde posteriormente se recogen mayores “incrementos” de consumo de alcohol. Y más sorprendente resulta que la actitud del planificador, si conoce este dato, se mantenga inmutable, en una suerte de ejercicio de confirmación de la teoría de la

disonancia cognitiva, y desprecie este pequeño destello, al menos tentativo, de ciencia social. Pocas paradojas mayores que esta que se nos ofrece: mucho de lo poco que podríamos saber sobre el comportamiento humano, cuando es inopinadamente refutado, además se desdeña. Por el colega, por el planificador, por el ideólogo o por el grupo de poder. Los “sabios” cortesanos de la época se negaban a mirar siquiera por el telescopio que Galileo les ofrecía: no era posible (ni oportuno, claro) aquello que el celeberrimo astrónomo defendía, ¿para qué mirar, pues, por aquel ridículo artilugio?

Lo cual nos deriva a otro de los grandes obstáculos para que la ciencia social sea eso, una “ciencia”: la corrección social o política, verdadero cáncer del conocimiento científico que afecta incluso a una muy considerable parte de la comunidad científica, ésa a la que Giddens (1991: 156) concede, como Mannheim, el marchamo último de la “verdad” científica. En el caso de las ciencias sociales, tiene lugar a este respecto una especie de bucle perverso que conduce a la destrucción del carácter científico de la llamada “ciencia social”. Primero se erigen como verdades dogmáticas conclusiones precipitadas y carentes del suficiente fundamento propiamente científico sobre el comportamiento social humano, que adquieren la entidad de mera ideología, y más tarde operan como baluartes defensivos contra las aportaciones auténticamente científicas al conocimiento del comportamiento social humano. La exagerada relevancia y prevalencia de las tesis del constructivismo social son un claro ejemplo de tal cosa: nos relata Pinker (2003: 171-177) el caso paradigmático del célebre biólogo Edward O. Wilson, que cuando publicó su *Sociobiología* (1975) recibió toda clase de acusaciones tildándolo de eugenista, racista y determinista (la práctica totalidad sin fundamento, pues sólo en el capítulo 27 de la obra se estudia la conducta social del *homo sapiens* y en él se señala explícitamente la relativa singularidad de nuestra especie en lo que se refiere a la flexibilidad de su conducta), hasta el punto de que en más de una ocasión se le impidió violentamente expresar sus opiniones como biólogo. Cosa parecida le ha ocurrido al etólogo Richard Dawkins, autor de la muy difundida obra *El gen egoísta* (1976), en la que tiene la mala ocurrencia de señalar que entre los mamíferos es prevalente la promiscuidad de los machos frente a la comparativamente mayor tendencia hacia la monogamia de las hembras, pese a que comenta explícitamente (p. 164 de la edición de 1989) que en el caso del ser humano la circunstancia cultural puede eventualmente modular ese patrón de conducta. Lo que ha sucedido con Wilson y Dawkins es que cometieron el terrible pecado de poner de manifiesto que “alguna” parte considerable de nuestro comportamiento se deriva de nuestra condición animal y que el burdo determinismo biológico no puede sustituirse alegremente por un no menos burdo determinismo cultural. Decir esto en el templo del constructivismo dominante y políticamente correcto de los amantes de la ingeniería social era una blasfemia demasiado grave como para salir indemne sin más que apelar al espíritu de la ciencia (que, en sí, no conoce de política ni de moral). Sacrilegios semejantes parecen haber cometido el antropólogo Derek Freeman (1983) cuando, replicando

la investigación de Margaret Mead sobre las supuestas libérrimas costumbres sexuales de los nativos de Samoa, documentó los severos castigos establecidos en esta sociedad para los adúlteros o para las jóvenes que no llegan al matrimonio con su himen intacto; o el también antropólogo Napoleon Chagnon (1992), quien tuvo el mal gusto de publicar el resultado de una de sus investigaciones en la Amazonía, realizada en colaboración con uno de los fundadores de la moderna genética humana, James Neel, señalando la aparente ventaja competitiva evolutiva de los yanomami con mayor capacidad homicida.

El que nuestro comportamiento sea en alguna medida consecuencia de las leyes de la Naturaleza parece constituir tan seria amenaza para el sueño ingenieril de los planificadores sociales que cualquier cosa que sugiera que algunos elementos de la conducta social humana (la agresividad, los modos sexuales, la desigualdad...) tengan algo que ver con nuestra a día de hoy inevitable condición animal, deviene de inmediato en intolerable herejía (negación de la Naturaleza especialmente contradictoria entre quienes, por lo general, rechazan enérgicamente que nuestra presencia en la Tierra pueda ser consecuencia de alguna otra cosa, como una divinidad, diferente de la dinámica de la propia Naturaleza). El modo de pensamiento dominante conocido como Modelo Estándar de las Ciencias Sociales (que se levanta sobre el dogma del constructivismo social) se une así, en paradoja mayúscula, con la relativa endeblez científica de las ciencias sociales mismas, dificultando la posibilidad de una verdadera ciencia de la sociedad y presentando lo que en último término no es más que una doctrina de orden político-moral como si fuera solvente conocimiento científico sobre el mundo social. Porque no es que un preciso y abundante saber sobre la conducta social humana se tome como robusta base informativa para construir una suerte de sociedad de diseño, que moldee a los individuos como “perfectos” ciudadanos (lo cual ya sería harto cuestionable, puesto que ¿quién determina cómo ha de ser un “perfecto ciudadano”?), sino que un saber débil e incompleto se tiene como robusto fundamento de un indiscutible deber ser social contra el que no cabe sino allanarse. Tal vez este estado de cosas sirve muy bien, “ahora”, a concretos intereses grupales (políticos, económicos, de clase, de género, de edad, de la Academia...), pero nos parece indudable que sirve muy mal a la empresa de hacer de las ciencias sociales “ciencias” (y quizás peor aún a los intereses sociales generales “mañana”).

Y hay que decir que hasta ahora nos hemos referido al estatus científico de las ciencias sociales en general y de la Sociología en particular considerando un punto de vista que podríamos llamar “ingenuo”, derivado de una apreciación un tanto inconsciente de esas ciencias como conocimiento necesario y disponible para desarrollar una tecnología social “bienintencionada”. Pero caben, naturalmente, otros planteamientos y otros usos del saber sociológico más aberrantes: los que parten de una explícita intención falsificadora del conocimiento científico-social y persiguen fines de manipulación ideológica. Es decir, la instrumentalización de la información social, sirviendo a concretos intereses partidarios en aras de alcanzar presuntos objetivos transformadores de las conciencias y de las realidades

socioeconómicas. No es ya, por tanto, que no se repare en la debilidad del conocimiento “científico” que la Sociología o las otras ciencias sociales alcanzan, o que se tenga a esta clase de ciencias por unas de índole tan diferente de las de la Naturaleza que hace que no se pueda contemplar con la misma óptica el saber propio de las mismas, sino que se opta conscientemente por utilizarlas como herramienta en la lucha política o en la ideológica en general. Un ejemplo de esta actitud lo recoge J. C. Girauta (2006: 57) cuando reproduce unas inequívocas palabras del historiador Josep Fontana: “Contra la historia *científica*, entendida en el sentido de *neutra e imparcial*, hay que propugnar una historia política, objetiva pero partidaria” (cursiva en el original). Es decir, que precisamente aquello que caracteriza al conocimiento científico, la neutralidad y la imparcialidad (la objetividad, en suma, que en inexplicable contradicción Fontana sí dice perseguir), ha de evitarse para que esa ciencia social, convertida así en mera “tecnología social”, sirva a intereses partidarios (y necesariamente subjetivos, por tanto). Aunque tal vez ahora el ingeniero social se refiera a que el conocimiento de los hechos sociales deber ser cribado para retener sólo aquellos elementos que favorecen una determinada versión de la Historia (la correcta, que casualmente es la propia), desechando convenientemente los demás: verdad parcial que a la postre es la peor mentira. Sorprende en este caso, más que el torcimiento interesado de la información, el desparpajo con que se propugna dicho torcimiento; hasta tal punto parece asumirse esa especie de mesiánica misión transformadora de la realidad social que condena irremisiblemente a la ciencia social, a la Historia en esta ocasión, a una simple función ancillar de la ideología, de la política. Así cierra perversamente el círculo esta clase de ingeniero social maquiavélico: una pretendida ciencia, que deviene pseudociencia al instrumentalizarla, intentando pasar por rigurosa ciencia, para terminar siendo cualquier cosa menos ciencia (tecnología sociopolítica, propaganda, arma de dominación ideológica).

Y por cierto que la práctica de embarullar y oscurecer con terminología críptica y álgebra descabellada el análisis sociológico, no nos hace ganar a los sociólogos un ápice de prestigio, ni entre la comunidad científica ni entre la gente en general. El cómico episodio descrito en el llamado “caso Sokal” (Sokal y Bricmont, 1999) es un ejemplo paradigmático de hasta qué punto se puede hacer el ridículo usando formas expresivas de las ciencias físicas para aparentar una complejidad analítica y una densidad argumental que nuestra materia simplemente no permite.

6. A MODO DE CONCLUSIÓN

En definitiva, el problema que tienen la Sociología y las otras ciencias sociales para ser consideradas auténticas “ciencias” del mundo social presenta dos facetas fundamentales: una derivada de la dificultad de obtener datos válidos y fiables sobre los fenómenos sociales que puedan proporcionar explicaciones del comportamiento social humano; otra que se desprende del uso sesgado o

descaradamente torticero de la información sobre los fenómenos sociales; y una y otra, además, no son mutuamente excluyentes.

La primera cuestión no tiene desde luego fácil solución, ya que la clase de material con la que trabaja el científico social (compartamos con Weber: acciones sociales) poseen un carácter que podríamos decir proteico, difícilmente aprehensible, y raramente se dan las condiciones para que el investigador social pueda llevar a cabo pruebas de análisis causal que le permitan determinar qué variable o conjunto de variables son el motivo de que otra u otras variables se comporten de una cierta manera. En suma, es muy dificultoso, si no imposible, realizar experimentos sociológicos propiamente dichos con personas interactuantes (la mayor parte de la experimentación es más bien cuasi-experimentación, se circunscribe al ámbito de la psicología social y las unidades de observación suelen ser estudiantes universitarios), que es en puridad el único método científico que permite establecer relaciones de causa-efecto entre las variables involucradas en un fenómeno para, eventualmente, establecer, siquiera provisionalmente, “leyes del comportamiento social humano”. La mayor parte de la investigación científico-social, especialmente en Sociología y disciplinas afines (Politología, Economía y similares), se lleva a cabo mediante el llamado “método correlacional”, consistente, como es sabido, en observar, si las hay, asociaciones (“correlaciones”) entre las variables que intervienen en la dinámica de un fenómeno, de modo que el análisis estadístico pone de relieve la medida en que unas y otras variables están relacionadas y explican más o menos varianza de las demás. Pero sin menoscabo de esta metodología y estas técnicas estadísticas, lo cierto es que las más de las veces (por no decir casi siempre) resultan insuficientes para determinar cuál es la causa de que una variable social tenga una dinámica como la observada: por ejemplo, en un ámbito tan restringido como la conducta organizacional, las investigaciones llevadas a cabo por los especialistas, como señala el profesor R. Bañón (1992: 275), no han logrado determinar con suficiente precisión qué clase de variables son las que determinan que un individuo se desempeñe como un líder grupal o las que determinan la motivación para el desempeño funcional. El recurso a diseños de investigación social cuasi-experimentales de serie temporal con o sin grupo de control no equivalente constituye una buena estrategia para acercarnos a las explicaciones causales de los fenómenos sociales, pero adolecen de la necesidad de un gran número de observaciones longitudinales que hacen que incluso en el estudio de los fenómenos más fácilmente medibles (como la siniestralidad en el tráfico rodado) no se elimine la incertidumbre causal, así que merece la pena considerar las precauciones que los especialistas en el tema, como Campbell (1992: 159-171), nos recomiendan tener contra el exceso de confianza en estos diseños de investigación social a la hora de determinar el efecto de unas variables sobre otras.

Sea como fuere, opinamos que los problemas metodológicos, aun siendo formidables, no son el escollo más importante que tienen que salvar la Sociología y las otras ciencias sociales para alcanzar y mantener el estatus de “ciencia” en el sentido fuerte del término. Pensamos que la contaminación ideológica es, por el

contrario, el más grave mal que afecta a nuestras disciplinas y les dificulta, si no impide, constituirse como auténticas “ciencias” de los fenómenos sociales. Respecto de los problemas de orden metodológico, probablemente es necesario que los sociólogos y los demás científicos sociales seamos humildes y reconozcamos que la mayor parte de las veces no sabemos por qué suceden los hechos que acontecen en el mundo social y que no somos capaces de preverlos, y mucho menos si se refieren a cuestiones complejas que vayan más allá del voto político en un plazo inmediato o la preferencia eventual por un refresco u otro.

¿Quiere esto decir que nuestro “saber” actual no es tal o que es inútil? Pensamos que en absoluto. El que no sepamos “por qué” ocurren la mayoría de las cosas que ocurren en la sociedad no quiere decir que no sepamos cuáles “son” muchas de las que efectivamente ocurren. Hemos desarrollado sistemas de observación que nos permiten determinar, en número y en atribución de significado, lo que sucede en el momento presente y lo que ha sucedido (al menos en un pasado relativamente cercano), y esto, aun no siendo mucho, no es poco. Porque saber a dónde prefiere la gente ir de vacaciones, o qué bebidas consume, o qué opina de la limpieza o el confort de las instalaciones deportivas municipales, o cuáles son sus principales problemas cotidianos, es información que interesa saber al servicio de salud, al empresario, al gestor deportivo o al administrador público; es información a veces imprescindible para preparar un servicio para dar la mejor atención a sus clientes o usuarios, para ganar dinero o para conseguir más votos. Somos capaces, en fin, de medir con razonable precisión la conducta de la gente, sus demandas y su satisfacción con lo que experimenta, en unas determinadas coordenadas de espacio-tiempo. También podemos recoger, suscitados o espontáneos, los discursos que la gente reproduce sobre el ser social, el sentido de la vida o, más modestamente, el tipo de coche que gusta conducir. Hay elementos de sentido, de significado, que dan pistas a los creativos, a los empresarios, a los políticos, sobre por dónde discurre el pensamiento o el sentimiento de la gente, y eso también es útil.

En lo que a esto último respecta, nuestro único reto es la calidad de la investigación y, por tanto, de la información descriptiva que podamos aportar a quien nos la requiera. Y en lo tocante a la contaminación ideológica, solamente la más estricta asepsia y neutralidad darán a las ciencias sociales el carácter propiamente científico que necesitan. Si no abordamos el estudio de los fenómenos sociales al margen de cualquier ideología moral, política o religiosa, o al menos con la firme intención de dejar los elementos ideológicos a un lado, la consecuencia inexorable será la irrelevancia “científica” de nuestra tarea. No compartimos en absoluto la propuesta de algunos sociólogos que, como M. Beltrán (1994: 29-34), entienden que vías metodológicas como el llamado “método crítico-racional” (que incorpora el concepto de “función social” al quehacer de la ciencia) sean un procedimiento apto para hacer ciencia de la sociedad, y nos parece que confunde “ciencia” social y “tecnología” social: no es preciso que el conocimiento científico de algo sirva utilitariamente a la sociedad para ser conocimiento

científico (aunque obviamente sí es más probable que se financie la investigación de lo útil, pero eso es algo extracientífico). Nos parece más pertinente, por resultar científicamente más honesto y además proporcionar a la postre una mayor utilidad social, el uso de la Sociología como herramienta “crítica” al modo en que P. L. Berger y H. Kellner (1985: 39-40) lo proponen: contrastar con la realidad empírica las aseveraciones, las explicaciones sociológicas o con contenido o proyección sociológica, haciendo ejercicio de la relativamente alta capacidad desenmascarante que la Sociología también posee.

Puede que servir a ideologías no deje de ser una actividad rentable, pues son grandes las utilidades de los materiales ideológicos para el ejercicio del poder y para la propaganda, pero en ningún caso la Sociología y las otras disciplinas afines saldrán beneficiadas de ese servicio “en cuanto que” actividades intelectuales que se pretenden “ciencias”. Esto no quiere decir, obviamente, que el sociólogo, el politólogo o el antropólogo, como personas que viven en el seno de una sociedad, no puedan adscribirse a ideologías concretas e intentar trasladar a la realidad social sus sueños ideológicos (como pueden los químicos, los médicos o los biólogos), sino que “en el ejercicio de su actividad profesional” la sumisión a una ideología destruye de inmediato su capacidad de hacer ciencia de la sociedad. Por otra parte, posiblemente no deberíamos ser cómplices activos de aquella ingeniería social para cuya ejecución se toman las ciencias sociales como elemento de legitimación espurio. Toda vez que en sentido estricto no sabemos por qué suceden muchos de los hechos y fenómenos sociales que estudiamos, deberíamos evitar que nuestras meras descripciones o nuestras lucubraciones teóricas sobre estos sean usadas como conocimiento “científico” de la sociedad que permite el diseño de nuevas estructuras políticas, económicas y morales. Sencillamente, el “estado del arte” alcanzado por la Sociología y las otras ciencias sociales no lo permite. Puede que sea o que no sea positivo determinar cómo deben vivir las personas en sociedad (esto es asunto discutible y discutido), pero es que, además, no contamos con el conocimiento suficiente como para que un programa de esta índole alcance el éxito: nosotros nos abstenemos de decir si planificar “científicamente” la sociedad se debe o no se debe hacer, pero hoy por hoy lo que es casi seguro es que no se “puede”. Pensamos que afirmar lo contrario es falso y voluntarista, una forma de ideología en suma, que probablemente contribuye más al advenimiento de proyectos sociales totalitarios que al libre desarrollo de las personas en su vida social.

BIBLIOGRAFÍA

BAÑÓN, Rafael (1992), “Liderazgo, gerencia y estilos de dirección”, en GARMENDIA, José Antonio, NAVARRO, Manuel y PARRA LUNA, Francisco (Eds.), *Sociología industrial y de la empresa*, Madrid, Aguilar: 274-298.

- BELTRÁN, Miguel (1994), “Cinco vías de acceso a la realidad social”, en GARCÍA FERRANDO, Manuel, IBÁÑEZ, Jesús y ALVIRA, Francisco (Comps.), *El análisis de la realidad social*, Alianza, Madrid: 19-49.
- BERGER, Peter L. y KELLNER, Hansfried (1985), *La reinterpretación de la sociología: ensayo sobre el método y la vocación sociológicos*, Madrid, Espasa-Calpe.
- CAMPELL, Donald T. (1992), “Medición de los efectos de las innovaciones sociales con series temporales”, en TANUR, Judith M. *et al.*, *La Estadística. Una guía de lo desconocido*, Alianza, Madrid: 159-171
- CHAGNON, Napoleon A. (1992), *Yanomamö: The Last Days of Eden*, New York, Harcourt Brace.
- FREEMAN, Derek (1983), *Margaret Mead and Samoa: The Making and Unmaking of an Anthropological Myth*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press.
- GIRAUTA, Juan Carlos (2006), *La eclosión liberal*, Madrid, Martínez Roca Ediciones.
- GIDDENS, Anthony (1991), *Sociología*, Madrid, Alianza.
- PINKER, Steven (2003), *La tabla rasa. La negación moderna de la naturaleza humana*, Barcelona, Paidós.
- SOKAL, Alan y BRICMONT, Jean (1999), *Imposturas intelectuales*, Paidós, Barcelona.
- VEGA, María Teresa y GARRIDO, Eugenio (2000), “Valoración de una intervención preventiva del consumo adolescente de tabaco y alcohol: incidencia de factores personales y situacionales”, en *Revista de Psicología Social Aplicada*, 10(1): 5-30.